

AVANCE
EDITORIAL

Seix Barral Biblioteca Breve



Adolfo García Ortega

El mapa de la vida





Seix Barral Biblioteca Breve

Adolfo García Ortega
El mapa de la vida

AVANCE EDITORIAL

Imagen y diseño de cubierta:
© Vis-Tek

© Adolfo García Ortega, 2009
www.adolfogarciaortega.com

Derechos exclusivos de edición
en español reservados
para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2009
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es

EDICIÓN NO VENAL

Depósito legal: B .25.839 - 2009
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

GABRIEL. Las montañas rusas hacen que la gente vuele. Que al menos tenga esa sensación nerviosa de estar cerca del cielo y de regresar a toda velocidad a la tierra; es una sensación liberadora de densidad corporal, una fractura de la lógica, cuando se está en el aire a merced de la onda de un látigo largo y sinuoso. Uno siente que es mitad humano y mitad nada, insecto, menos que nada. Hace años que Gabriel las diseña. Es su profesión.

Una empresa germano-suiza, Tawalthorn, le encarga bocetos, centenares de bocetos. Él los hace, apenas desarrollados; siempre diferentes, siempre al límite de lo posible, aunque también a veces se repite, utiliza modelos preestablecidos, según sea el parque de atracciones al que vaya destinado; aporta los cálculos básicos, luego los ingenieros de Tawalthorn los ajustan y le remiten sus propios bocetos corregidos para que él modifique las propuestas y afine cada detalle nuevamente planteado. Una vez hecho esto, vuelve a enviárselos a ellos, y

así, durante un tiempo, el proyecto de una atracción va y viene entre los estudios de la Tawalthorn y su casa, vía Internet. En ocasiones tiene que viajar a Zúrich, pasar allí unos días. Después de los atentados no ha vuelto a ir.

Toda montaña rusa tiene que tener un principio lento, acumulativo, como si se cocinase en él la tensión y la ansiedad mientras se asciende a la máxima altura, sus buenos tres minutos de intensa espera e imposible retorno, y también ha de tener un final evidentemente desacelerado, que permita calmar las pulsaciones de la gente, volver a la realidad, saberse vivo después de un juego en el que se creyó estar fuera del mundo. Gabriel sólo pretende, al diseñarlas, que se consiga la máxima sensación de caída en el vacío a la máxima velocidad con que los carriles soporten la inercia de los convoyes, y que en cada salida de un pico de aceleración se logren las inclinaciones, vuelcos y rizos más inauditos. Y en medio el frenesí, múltiples subidas y bajadas, eternos minutos de vertiginosas sensaciones en las que uno cree perder el control. Quiere conseguir ese doble momento excitante en que la gente desea por encima de todo que ese ritmo frenético se detenga ya, y sin embargo a la vez desea perversamente que todavía continúe, por mucho que parezca que el cuerpo va a saltar de la vagoneta y a sobrevolar el parque de atracciones como un ángel o un suicida.

Cuando tomó perezosamente ese tren, la mañana de aquel 11 de marzo, no podía imaginar que cambiaría su vida. Pero ¿cómo lo podía imaginar realmente? Nadie lo puede imaginar. Si fuera imaginable, ese día habrían tomado el tren sólo los terroristas y se habrían matado entre ellos. Pero lo verdaderamente cierto es que ya todo iba a ser distinto a partir del momento en que regresó a la vida en el interior de una ambulancia. No sabía qué era lo que había ocurrido. Con el tiempo lo reconstruyó todo, sus instantes y los instantes de los demás. Los últimos instantes, esa franja temporal lenta como la ascensión a la rampa de lanzamiento de una montaña rusa. Pero aún no era más que el inicio. Aún tardaría bastantes meses en reconocer los síntomas de una historia, la suya, que necesitaba dar un giro.

Habría un cambio en él. Más aún, una mutación, una metamorfosis, como en el relato de Kafka. Su yo se convirtió paulatinamente en otro yo, irreconocible para los que le rodeaban, para su mujer, para sus amigos. Puede que ya no fuese amable para ellos, sólo distante, ajeno. Ser ajeno da miedo, pero no se puede evitar. Fue otro, por fin. Pero ¿por qué por fin? ¿A qué pregunta pertenecía la respuesta que estaba dando? Y todo a partir de que se produjo el salto hacia delante. La bomba, gran espaldarazo. ¡Qué ironía!

La muerte, a veces, es capaz de abrir la puerta cerrada de la vida. La vida de Gabriel se torció hacia otro mundo con la explosión que los mató, pero no a todos y paradójicamente sí a todos. Alguna vez hablará con Ada de ello; afirmará como él que quienes sobrevivieron aquella mañana también estuvieron un tiempo muertos. Cada uno de los muertos de ese día se rozó con él, vio su rostro mirándolo, entró en sus cerebros que le hablaban, presintió sus anhelos, le entristeció lo que dejaban atrás. Un salto también, un cambio de coordenadas, de leyes físicas, también, como diría Ada de aquella niña que se salvó en el tren, abrazada a su madre: un salto en el que lo alto y lo vertical no eran sino bajo y horizontal.

Trata de abordar sólo los hechos de esa mañana maldita, pero no le interesan los hechos sino las personas que los sufrieron, aunque no sepa sus nombres. Porque es una historia de sufrimiento, la de ese día. Sólo de víctimas. Y de ellas, cuando lo piensa, le aterra una cosa: es gente que ya no podrá cambiar de vida, porque ya no hay cambio posible. Esto a veces sucede, que no hay cambio posible. Cree que es peor que estar muerto. Cuando hablaba con Ada de ello, los dos pensaban que eso era lo más parecido a la muerte en vida.

Por su parte, conocía a todos estos muertos, de alguna manera. Todos vivían en su ciudad, ama-

ban Madrid como él la amaba, lo saludaron alguna vez, aunque tuvieran otras caras, cruzaron sus historias, si acaso brevemente. Conoció a un rumano electricista que en cierta ocasión vino a reparar los interruptores de la escalera del inmueble de su casa. Y a una griega médica que lo atendió en un ambulatorio cuando se produjo una quemadura en la mano. Y a un ecuatoriano fontanero que le cambió los grifos del baño. Y a un argelino taxista que le enseñó las fotos de la boda de su hija. ¿Qué los diferencia de esa maestra de veintiocho años que tiene reventados el tórax y abdomen en el mismo convoy donde él ha perdido el conocimiento? ¿O de esa limpiadora de cristales, peruana, cuarenta y cinco años, morena, con sudadera azul celeste, que ha muerto con las manos juntas, como si rezase? ¿O de esa programadora de *software*, treinta y cuatro años, cuyo vestido morado está blanquecino de la ceniza química de los explosivos? ¿O de ese estudiante de educación física, diecinueve años, entrenador de un equipo femenino de baloncesto, a quien le ha entrado por la espalda, a la altura del omóplato, la misma barra a la que, en el minuto anterior, el minuto en que eran impensables los cambios y nada saltaba por los aires, otra mujer se sujetaba con el brazo para consultar en su cuader- nito de tapas negras la dirección a la que tenía que ir a buscar un empleo que, al minuto siguiente, ya

no necesitará jamás? ¿O de esa funcionaria, treinta y nueve años, cuyas medias se le han bajado hasta la rodilla y la pantorrilla, respectivamente, manchadas de sangre? ¿O de ese senegalés, peón de albañil, cuarenta y dos años, con múltiples fracturas en el cráneo y pérdida sustancial de masa encefálica? ¿O, en fin, de ese matrimonio búlgaro, ella hostelera, treinta y un años, mujer de complexión delgada, muy fina, cuyo sostén roto apareció muchos metros más allá, él, sin oficio aún, veintinueve años, con un pantalón de mezclilla en forma de espinapez?

Cuando todo esto ocurría, Eva, su mujer, escuchó por la radio la primera noticia. Decían que, al parecer, había un muerto. Uno tan sólo. Ella no pensó ni por un segundo que pudiera ser Gabriel. No le dio importancia.

GABRIEL. Despierta en el hospital y le viene a la cabeza *La Anunciación* de Fra Angélico. Es un cuadro que le parece limpio, trata del origen de una promesa. Todo en él es un comienzo, invita a partir, a iniciar un viaje, a hacer los preparativos para marcharse. Siempre lo ve como el aviso de una concesión largo tiempo esperada. Tal vez por eso, en cuanto puede andar, apoyado en un bastón, va, sin ayuda de nadie, hasta el Museo del Prado. El taxi lo deja en la puerta.

Como tantas otras veces, avanza a buen paso por las salas hasta llegar al cuadro sin mirar ninguna otra obra y se planta directamente frente a él. Luego, como siempre hace, busca perspectivas distintas de la pintura. Pasa también unos segundos de espaldas a la tabla, contemplando a quienes la miran. Parece que esa obra maestra del espíritu le pertenezca.

Se pone delante del cuadro, deja que transcurran unos minutos hasta que realmente empieza a

ver lo que hay representado. Halla de nuevo la inocencia que posee esa pintura; no le cuesta nada encontrarla. Para él, aparece enseguida, está en todo. Su autor, fraile dominico, lo pintó en torno a 1425 para Santo Domingo de Fiesole; él era de origen muy humilde; se le conoce apenas por el nombre: Guido, que era hijo de Pietro, de quien a su vez sólo se sabe que provenía del Mugello, en la Toscana. Guido era un pintor que traía un mundo nuevo a su viejo mundo, como hacen los ángeles.

Siempre que lo contempla, sabe que ahí está empezando una renovación madurada, que la historia, o los sentimientos, o el ser humano por entero están avanzando. Piensa además que Guido se divertía con cada detalle que inventaba; pintaba con la libertad más absoluta, como un joven irresponsable pero también sabio; aquello nunca dejó de ser un juego para él; tenía un extraño don para la pureza o algo similar con que definir cualquier punto de partida; por eso lo llamaban Beato Angélico.

Al cabo de un rato se abstrae en el cuadro. Ve las ingenuas bóvedas con motas doradas del atrio porticado, del mismo azul añil que el manto de la Virgen; le impresionan nuevamente las imposibles y estrechas columnas que sostienen los arcos del soportal; sonrío ante las manos divinas que salen del sol, como en un cómic, cuyos rayos alargados con-

tienen una paloma y se atenúan hasta llegar al rostro de la Virgen; admira el claroscuro suave de la cámara del fondo, con un banco de madera y un arcón; perdona la inexperta imitación del mármol en el piso del atrio; se concentra en el rosado de las mejillas, la del ángel y la de la joven, y en sus miradas que se encuentran como si ellos fuesen dos enamorados. Y le sorprende mucho descubrir esto por primera vez. Mucho. Nunca ha percibido así sus miradas. No son dos enamorados, pero tal vez sí lo sean en el fondo, se dice, porque en su mirada profunda el ángel reconoce que es ángel y que a la vez es humano. Como ella lo está reconociendo en ese instante en que alza la vista hacia él.

Sobre la barra de hierro que une cada arco una golondrina observa la escena, la realidad irrumpe. Entonces a Gabriel le tiembla de pronto la pierna y el bastón flaquea. Mala ayuda. Cae al suelo frente a *La Anunciación* de Fra Angélico, su cuadro. El bastón hace un ruido demasiado alarmante. Desde el suelo, mientras lo auxilian, ve como nunca que las alas del ángel parecen un capazo alargado, como unas alas de mentira. Ese ángel que se llama como él.

¿Por qué hizo lo que hizo? O mejor dicho, la pregunta era: ¿cuándo inició ese movimiento de huida? Desde la cama, a oscuras en el dormitorio, miró hacia donde estaba su ropa. No la veía, la in-

tuía; sabía que en un bolsillo de la chaqueta tenía guardada la carta con el sobre cerrado. Aún no la había metido en un buzón (temía tal vez que si lo hacía, creía él, le pasaría luego como al personaje de Sabato que fue a Correos a pedir, a exigir después y a suplicar por último, siempre inútilmente, que le devolvieran la carta que por error había echado en el buzón porque reconocía ahora que se había arrepentido de enviarla, ya que sabía que al llegar al destino cambiaría toda su vida). Unos minutos antes Eva y él estaban abrazados, muy íntimamente. Llevaban un rato en silencio. Se habían separado. Ella le daba la espalda. Gabriel miraba hacia el techo, boca arriba. La hora, el momento, el abrazo, la oscuridad, el instante de unión y de cierta irrealidad ensoñada, todo invitaba a hacer, en ese minuto preciso, una revelación sorprendente y guardada durante mucho tiempo en espera de su oportunidad. Parecía haber llegado esa oportunidad, si en realidad cualquiera de los dos tuviera algo secreto que decir. Pero no lo había. Aun así, aprovechó ese clima de confianza absoluta. No lo sabía entonces, pero con ello empezó su partida.

En voz baja, casi en susurros, dijo:

—¿Duermes?

Eva apenas oyó su voz profunda y modulada, porque estaba cerca de entrar en el sopor del sue-

ño. Él pensó decir «No temas», pero lo desechó enseguida. Era absurda esa frase. ¿Temer a qué, entre ellos?

—No.

Hubo un largo silencio, un minuto teatral, efectista. Volvió a hablar.

—Te quiero decir algo.

Silencio de nuevo. Notó que Eva movía las piernas.

—¿Sí? ¿Qué es? —dijo ella.

Dejó que de nuevo se adensara el silencio, con una pausa aún más solemne y misteriosa.

—Es algo importante que nunca te he dicho.

Eva se dio la vuelta hacia su marido y lo abrazó otra vez, como si con ello manifestara su deseo de saber de verdad.

—Algo que te va a sorprender y seguramente no te creerás —dijo, aumentando el suspense.

—Pero ¿qué es? Me preocupas, Gabriel. No me asustes.

Guardó de nuevo silencio, un silencio que acentuó su duda sobre la conveniencia o no de hacer esa confesión que habría de improvisar, o de terminar con una inoportuna y estúpida broma que le haría sentir que, verdaderamente, había perdido una oportunidad.

Eva se incorporó un poco a su lado, cedió la presión de su abrazo, buscaba una respuesta.

—Te creeré, me digas lo que me digas —dijo muy atenta.

En ese momento, sin tener ni idea de lo que iba a salir por su boca, sintió que en su interior experimentaba la fuerza de ánimo de quien va a confesar después de mucho tiempo. Tardó todavía un poco más, preparaba el tono de voz. Cuando consideró que el silencio que había mediado ya era suficiente, movió los labios.

—Soy un ángel.

Ni un movimiento, ni siquiera una risa de rechazo por parte de ella. Lo había susurrado muy bajo, casi al oído de Eva, de manera que se acentuó el efecto de sinceridad que quiso imprimir a sus palabras, sorprendiéndose él mismo gratamente.

—Ya sé que no lo crees y por eso te lo digo, porque no lo crees —dijo al cabo de unos instantes, con otra voz (o la misma). Entonces lo volvió a repetir—: Soy un ángel.

GABRIEL. Ada recitó en voz alta, con los ojos cerrados y movida por un imperceptible vaivén de vértigo, mientras el aire de la mañana le cruzaba el pelo por la cara:

—Madrid es un centro, una convergencia, un vértice, un ombligo.

Estaban ahora al otro lado de las mamparas de cristal del Viaducto, adonde habían ido con las primeras luces del alba, subidos al antepecho de la parte del puente que daba a la Sierra y a los confines de la Casa de Campo. Nadie les había visto subir hasta esa parte prohibida. Habían apurado en el apartamento la noche en blanco esperando esa hora iniciática. Por la calzada circulaban coches que les ignoraban con músicas muy altas. Ningún transeúnte les cruzó la mirada, y las personas que pasaban por la otra acera no se fijaron en ellos porque caminaban demasiado alejadas. Estar allá arriba, sobre el barandal de la balaustrada, era una situación desconcertante: parecían dos locos jugándose la vida.

Ada proseguía:

—Una boca, una entrada, un eje, un núcleo.

El arco del Viaducto a sus pies empezaba a salir de las sombras. Hacía mucho frío en lo alto de la barandilla, donde se habían encaramado. Un paso adelante en falso y caerían al vacío. Por eso era absurdo aquel acto de subir hasta allí, pero a Gabriel no le causaba ni irritación ni disgusto. Se diría que era algo natural en ellos, que lo habían extraído de algún recóndito lugar de su memoria, atraídos por las alturas.

Debajo del Viaducto, por la empinada calle Segovia, en lo que fue una vez un valle, la ciudad empezó a existir como tal. A sus pies, en línea vertical, se abría el centro del centro del centro. Aquella calle, allá abajo, recorrida por autobuses rojos que entraban y salían del arco del puente, era el origen de Madrid. Pero también era el lugar elegido por muchas vidas para poner su punto final. Ada se acordaba de que, siendo ella una niña, su madre le contó que, cuando vinieron a la capital en viaje de novios, le causó una gran impresión ver allí, en una mañana en blanco y negro, a una muchacha suicidada. Iban en un taxi que los guardias municipales desviaron de carril. Desde la ventanilla del taxi apenas si vio el cuerpo tirado sobre los adoquines. Ahora ya no había adoquines, pero Ada se quedó con la palabra y siempre se figuró que caer

sobre unos adoquines produciría un dolor mayor que caer sobre el asfalto. En aquella época tampoco había en la balaustrada ninguna de las altas cristalerías que impedían acercarse al borde del precipicio.

Cuando la madre de Ada lo vio, el cuerpo de la joven aún estaba sin cubrir; parecía todo más salvaje y triste. La chica llevaba una gabardina verde oliva, estaba descalza porque los zapatos salieron de los pies mientras caía y habían aterrizado en alguna parte, lejos de ella; un guardia se agachó a recoger unas gafas rotas, a unos metros del cadáver. La joven se había abierto la cabeza; unos regatos de sangre por la cara habían manado de una gran grieta enrojecida en la frente con forma de K. («Aunque nunca la vi, me imaginaba hasta en sueños aquella frente con esa K abierta», dijo Ada.) Estaba boca arriba y no tenía ya expresión; era muy joven y la madre de Ada siempre intuyó que estaba encinta, lo que hacía más indeleble la imagen de su cuerpo deslavazado en la calle. El Viaducto era eso: un solitario mausoleo.

—Una médula, una arteria, un seno, un foco.

Pensaron todo el rato de nuevo en caídas. La terrible caída del ángel es cuando no se le abren las alas. La caída de aquella joven embarazada con una K sangrienta en la frente era una de esas caídas de ángel sin alas.

—¡Saltemos! —dijo entonces Ada.

Y aquello lo dijo porque eran seres extraños. Fueron de pronto conscientes de su rara condición, y desde cuándo eran eso que eran. Les había llegado el ángel; el ángel se había cruzado con ellos, los había atravesado y les hizo parte de sí. Lo sabían desde el principio, pero el hecho que afloraba en ese momento era la certeza, la comprobación. Tenían miedo, pero estaban seguros, como cuando en medio de un viaje se asume de manera irremediable que se está viajando: no es posible ya regresar, pero tampoco es posible avanzar más deprisa, sencillamente se está a merced del movimiento.

Gabriel esperó que Ada le cogiera de la mano, pero no lo hizo.

—¡Saltemos! —dijo él también.

—¿Podremos saltar? —titubeó ella abriendo los ojos de golpe, paralizada. Le dirigió a Gabriel una mirada ansiosa, con la respiración contenida—. ¿Y qué harás tú?

—Saltar.

—Gabriel, llévame contigo, no me dejes aquí.

—Estás ya conmigo.

—¿Nunca me dejarás?

—Por supuesto que nunca te dejaré.

—Todo tiene que ver con caer, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A ti, a mí, a mis hijos, a lo que nos sucede, a

los atentados. Todo tiene que ver con caer. Tenía razón el viejo, caemos por dentro. Pero ahora, desde donde estamos, podemos caer hacia abajo o caer hacia arriba. ¿Hacia dónde caeremos, Gabriel?

—Hacia alguna parte. ¡Salta!

—Sí, pero tengo miedo —extendió los brazos y volvió a cerrar los ojos.

—¿Por qué tienes miedo?

—Por si no hay nadie abajo para recogernos.

—Es que no hay nadie abajo para recogernos.

—Pero ¿alguien nos cogerá?

—¿Quieres decir vivos?

—O muertos.

—No moriremos. Seguimos vivos y seguiremos vivos.

—Gabriel, ¿tendremos una herida con forma de K en la frente, como aquella chica muerta que vio mi madre?

—¡Claro que no la tendremos!

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Créeme.

—Pero ¿por qué lo sabes?

—Tal vez porque creo que ya lo he hecho. Me refiero a volar. Lo hice de alguna manera aquella vez, en el Faro de la Moncloa. Alguien voló conmigo, algo me hizo volar y ver los tejados y las casas. La verdad es que no sé qué pasó entonces, pero aquí me tienes.

—Tal vez fue así —y Ada saltó inesperadamente.

Un salto limpio, elástico, con su cuerpo hacia delante entrando en el aire con la elegancia de un grácil gesto majestuoso, igual que su cuerpo tensado al hacer el amor. Él no lo vio, porque sus ojos permanecían cerrados, pero lo vio porque otros ojos dentro de él se abrieron. Como la otra vez. La siguió detrás, lanzándose al vacío impulsivamente. Su salto se produjo segundos después. Sus pies abandonaron la balaustrada. De eso era muy consciente: sus pies no tocaban ya nada. Su estómago se llenó de culebras.

Fue un corto vuelo, y extraño. Planearon por encima de la plaza de Oriente y del Monasterio de la Encarnación. Desde arriba los tiempos se confundían, el pasado y el presente se mezclaban; si miraba hacia abajo, veía los parterres de la plaza y las estatuas de los reyes y el gran tejado del Teatro Real tal cual estaban ahora. Pero si se fijaba más, veía a una masa de gente arremolinada en las aceras, y veía una especie de desfile militar, y un gran furgón con un ataúd envuelto en la bandera de España que salía lentamente del palacio; y si aguzaba la vista, junto a una farola, entre mucha gente que se empujaba por ver algo o verlo mejor, reconocía a un muchacho que era él mismo, mirando pasar el féretro en el entierro de Franco como lo había soñado muchas veces. Fue una visión momentánea. Los tiempos se confundían. Al mirar de nuevo ya

no había nada de eso, se imponía el presente, los coches entraban y salían por el túnel subterráneo que cruza la plaza y va a dar a la calle Bailén.

De pronto, en el aire las manos de Ada lo buscaron. Se asieron fuertemente.

—Allá abajo —dijo Ada— he visto a una niña que era como yo cuando era niña, y que dejaba en ese momento de ser niña, y miraba hacia arriba sonriéndome porque sabía que yo estaba aquí. Era una niña que había perdido algo en el cielo, algo se le había ido para siempre.

Volaban en silencio. O creían que volaban en silencio. Notaba él que su cuerpo extendía cada célula de su piel y que no oponía resistencia. En Ada sucedía lo mismo. Nada en su voluntad les impedía dejarse llevar. Rodillas, brazos, caderas, cada hueso de la columna vertebral, hombros, omóplatos, dedos, los huesos del cráneo, toda su estructura ósea y muscular estaba sintiendo la ligereza de ser llevada como una hoja por la corriente de un riachuelo. O por la fuerza de un soplo a través del aire. A su alrededor los dos percibían el zumbido de un aleteo que no dejaba de sonar.

—¿Cuánto tiempo estará pensando una persona mientras cae? —se preguntó Ada—. ¿Y en qué se piensa en ese tiempo, durante la caída?

—Pero tú y yo no caemos, Ada. Ahora recobramos el conocimiento, nos llega el golpe de aire des-

de la laringe, por dentro, que desbloquea nuestros pulmones. Una bocanada se abre desde la profundidad. Y sale fuera.

Gabriel volvió a sentir que sus pies se posaban en una parte sólida. La planta del pie advertía de nuevo la dureza de la piedra de la balaustrada del Viaducto; le llegaba, traspasando el calzado, el frío de la rugosa superficie. El vértigo que un poco antes zumbaba en los oídos y la sensación opresiva en el estómago desaparecieron. Soplaban el viento en las sienes y crecían otra vez los ruidos de la calle, el tráfico, las voces de los grupos de turistas, las sirenas de las ambulancias, un grito de adolescentes. Abrieron los ojos. O puede que los cerraran nuevamente.

—¿Hemos volado de verdad? —preguntó ella.

—¿Y qué es la verdad? —preguntó él.

SAYYID. Gamal Sayyid compartía casa con Liddell en el 19 de Alcalde Sainz de Baranda. Era un cuarto piso de una casa de los años cincuenta, con una fachada a dos colores, de fondo rosáceo al que habían superpuesto grandes y anchas tiras verticales grises, con unas ventanas cuadradas y otras en arco semicircular en la parte superior, un tanto oriental. Esa alternancia le gustó a Sayyid cuando vio la casa porque le recordaba a la que estuvo a punto de comprar en El Cairo, antes de la boda que no llegó a celebrar, pero la habitación que le había tocado, después de sortearlo con Fred Liddell (más afortunado en todo, según él), era de las de ventana cuadrada, debajo de la cual había un alero con forma de tejadillo ornamental, como si la cuarta planta del edificio se hubiese construido mucho más tarde que el resto de la finca. Carecía de visillos y de cortinas, y en su cuarto sólo había una cama con cabecero de madera, una mesa y varias sillas, muchos libros de medicina obsoletos y un

ordenador portátil grande y anticuado, de segunda mano, comprado en la mezquita. Por toda la casa, e incluso en el descansillo, se propalaba un olor permanente a fritura, que provenía de la churrería de debajo de casa, abierta en el local contiguo al portal. No lograba Sayyid acostumbrarse a ese hedor aceitoso que lo penetraba todo y que ascendía por el patio de luces hasta la cocina y los baños. Era para él el olor de la pobreza que nunca se había sacudido de encima.

La casa no tenía ascensor; subía a pie los cuatro pisos. Solía encontrarse en la escalera al niño colombiano de los inquilinos del tercero, siempre con un gato entre sus brazos. Lorenzo tenía siete años; sus preguntas, ingenuas y directas, dejaban a Sayyid sumido en una inesperada reflexión. Eran a veces como éstas:

—¿Cuántos amigos tienes?

—Pocos.

—¿Te dan miedo los gatos?

—No mucho.

—¿Y los dueños de los gatos?

—¿No sabes que los gatos no tienen dueños?

—Éste sí. Pero no soy yo. Sólo lo cuido.

Era primeros de mayo y ya habían pasado las fiestas, pero Sayyid vivía ajeno a ellas. Regresaba a la casa después de acudir a la mezquita —alejada, como era preceptivo— de Abu Bakr, llamada como

el suegro del Profeta, en el barrio de Tetuán. Allí siempre estaba nervioso, desubicado, los movimientos de su cuerpo se tornaban extraordinariamente torpes, no se acostumbraba; tal vez porque no quería ir, se veía extraño en aquel sitio sagrado; hasta hacía poco era normal que su padre, de vivir todavía, fuese respetuosamente a la mezquita, pero él no, él siempre había tenido fama de revolucionario, de ateo izquierdista que leía libros occidentales, siempre ocultados a los ojos de su padre, con quien discutía por rebelarse contra los ritos tradicionales; pero ahora se había producido un cambio que enorgullecería en parte a su padre, si viviera aún: Sayyid asumía dócilmente que ir a la mezquita con sumisión era el único camino que debía recorrer.

Había llegado por su propia reflexión a convenirse de que *tenía que hacerlo*, ya que todos los demás pasos para la liberación de los musulmanes, siglo tras siglo, habían fracasado. En la mezquita se veía con algún hermano de los Muyahidines de Allah, de Abu Dahdah, el parlanchín vendedor de alfombras y de coches usados que vivía en Lavapiés; en el fondo despreciaba a Dahdah, al que llamaba Eddin, y a todos los sirios, y le repugnaba su aspecto, para Sayyid algo descuidado, pero empezaba a respetarlo por su determinación de filósofo que adopta una doble cara, la de payaso y la de

maestro. Su presencia allí la ve, además, como inevitable, una fatalidad de la historia, de su historia personal pero también de la historia de los creyentes, porque todo lo que ha leído y en lo que ha creído acerca de una sociedad justa por medio del socialismo de los parias no ha logrado más que el enriquecimiento de los líderes, cuando no también su envanecimiento, y la corrupción de los arribistas. Al pueblo, al final, sólo le salvan las fantasías de su cerebro que Marx llamaba religión.

—¿Por qué no te ríes? —preguntó el niño en otra ocasión.

—Hoy no tengo ganas.

—¿Y mañana?

—Seguramente sí.

—¿No te ríes porque te pesa la cabeza?

De la mezquita de Abu Bakr se traía consigo siempre algo para meditar. Frases que le apuntaban en un papel, frases que no entendía, azoras del Corán que luego recitaba de memoria en una especie de ejercicio de vacío. Hoy se quedó con estos versículos de la azora novena sobre los infieles: «¿No combatiréis a unas gentes que rompen juramentos y procuran expulsar al Enviado? Ellos han empezado a atacaros por primera vez. ¿Los temeréis?» También hoy ha sucedido que el tuerto de Rabat que le pasaba las cosas le ha dado una caja que aún no ha abierto. Era una cajita como las de

cerillas, pero algo más grande. Sabía que no contenía nada, excepto un teléfono escrito a bolígrafo en la parte interior de la caja, en el reverso, casi secreto. Tendrá que llamar cuando le digan.

Cuantos lo conocían en la mezquita se aprovechaban de que en una parte muy profunda del corazón de Sayyid subyacía la ira.

—¿Tienes hijos? —quiso saber Lorenzo una vez.

—No.

—¿No tienes ningún niño, ni siquiera como yo?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y niñas?

—Te he dicho que no.

—Digo niñas.

—No. No tengo.

—A mí las niñas no me gustan. ¿A ti?

—Seguramente tampoco.

—Me gustan más los gatos.

Él se definía como un musulmán por despertar, un creyente que iba a la mezquita sin remilgos. Militó en un grupo comunista de extrema izquierda cuando era muy joven, y se autoproclamaba nasserista, lo que demostraba lo confusas que eran sus ideas. Pero ese grupo se extinguió enseguida, algunos acabaron torturados en las cárceles de Mubarak, alguno más incluso acabó muerto. Pero otros eligieron la vida piadosa de los hermanos. Cuando Gamal Sayyid entró en la Universidad, leyó todo lo

que pudo de Karl Marx y había mitificado un Moscú que ya no existía. Lo leyó primero por influencia de su entorno político, pero luego por pasión y búsqueda de respuestas inexplicables.

Se hizo uno de esos marxistas a destiempo que creían en el cambio de la historia. Pero su cabeza no dejaba de pensar y de comparar la vida con las ideas; llegó a la conclusión de que estaba en un camino equivocado y de que el fin del comunismo no era el triunfo del capitalismo, sino que se avecinaba por algún lugar del horizonte del mundo (como todo parecía presagiar en el islam) otra revolución, otra manera de lucha para los parias de la tierra, lo que él acabaría siendo, el motor del mundo; un mundo, inamovible desde su origen, que —ahora lo veía claro— el Profeta supo comprender y ordenar.

Sayyid, sin embargo, nunca había tenido muy clara la figura del Profeta, incluso hubo un tiempo en que se burlaba de él y de sus juegos mágicos para subir al Cielo con el ángel Gabriel. Le parecían ridículos, sólo para embrutecer al pueblo o embaucar a las viejas piadosas. Pero un día cambió. Comprendió que el Profeta era el Profeta de los miserables. Esta certeza lo sumió en unas tinieblas hasta entonces desconocidas, y se sintió un niño ignorante que necesitaba la mano del padre para ser guiado.

Ahora había llegado la hora, lo decían todos, unos en alto y otros en voz baja, unos claramente y otros con todo tipo de rodeos y de dobles sentidos, como Eddin; incluso él no sabía cómo había adquirido la convicción de que había llegado esa hora, ese inicio de un movimiento que se había convertido en perpetuo por la fe, algo de lo que siempre había carecido y que ahora, en la mezquita, buscaba sin rechistar; no sabía cómo pero todo estaba ya iniciado, echado a rodar; él sólo tenía que ponerse a su servicio.

Le oía decir a Eddin, sin demasiada solemnidad, como si vendiera un mal coche o unos pepinos en la plaza: «Hay que esperar la oportunidad fríamente.»

—¿Rezas por las noches? —le preguntó un día Lorenzo.

—¿Y tú?

—Yo sí.

—¿Y cómo lo haces?

—Cierro los ojos y los aprieto mucho.

—¿Y por qué los aprietas tanto?

—Me lo ha dicho mi madre. ¿Tú no lo haces?

—Yo también los aprieto.

—¿Te lo ha dicho tu madre?

—Sí, me lo dijo ella. Ha muerto.

—La mía no. Pero no sé por qué lo hago.

—¿No sabes por qué haces qué?

—Rezar por las noches. Me gusta más apretar los ojos.

Su mente revolucionaria tenía el don de la perfecta coartada, de la incuestionable equivalencia, cuando reflexionaba acerca de cómo habían cambiado los tiempos. Pero Sayyid no sabía quién era Bob Dylan, o si lo supo pensó que se trataba de un judío yanqui, un producto de consumo. Por eso ahora, para él, el hermano que se ponía un cinturón representaba lo mismo que, cien años atrás, el anarquista regicida o el agente secreto comunista que atentaba contra los burgueses chupasangre, lo mismo que el justiciero revolucionario que socavaba los cimientos de los ricos y preparaba el terreno para la dictadura del proletariado.

Un fantasma que recorría Europa, en efecto. Pero tal vez sólo se había producido un ligero cambio de sentido: era otro el fantasma y era otra la causa, como otra era la Europa a la que había llegado para poder ser un buen médico, aprender a ser un buen médico. Y quizá para algo más.

Sayyid sabía que Europa se había quedado pequeña, que sólo era un campo de pruebas, un teatro para hacer ensayos. Eso era lo que oía, lo que le leía, lo que le llegaba por todas partes. Ahora el hermano que llevaba una bomba iba contra los que no eran los suyos. El Profeta acabó con las clases mucho antes que Marx —pensaba Sayyid sin

atrever a decírselo todavía a nadie en la mezquita—, porque delimitó la existencia de sólo dos clases: los creyentes y los infieles, los vivos y los muertos.

Hacía un calor demasiado veraniego en esas fechas y al subir las escaleras se sofocaba más que otras veces. Se encontró de nuevo con Lorenzo en el mismo lugar del rellano donde lo había dejado por la mañana, pero al cruzarse sólo se miraron sin mediar palabra. Sayyid nunca hablaba primero. Cuando lo dejó atrás, oyó su esperada pregunta: «¿Tienes tiempo para ver la tele?» «No veo la tele», contestó Sayyid, sin volverse, elevando la voz algunos peldaños más arriba. «Todo el mundo ve la tele», replicó el niño colombiano buscando su cara por el hueco de la escalera. Sayyid no respondió.

Los versos de la azora continuaban en su cabeza: «Dios es más digno de que le temáis, si vosotros sois creyentes. ¡Combatidlos! Dios los atormentará por vuestras manos, los humillará y os auxiliará contra ellos.»

A Gabriel siempre le pareció misterioso Sayyid. Alimentaba ese misterio en torno a su persona; apenas Liddell supo mucho más de él; y no hablaba con sus vecinos. De hecho ni los conocía. Sólo cruzaba unas palabras con Lorenzo, quien le hacía preguntas de niño difíciles de olvidar porque le po-

nían frente a una verdad que no debía eludir. El ángel sabía quién era Gamal. Pero no podía hacer nada. Sólo ver sus actos desde fuera. Y lo que también sabía era que Gamal, desde hacía mucho tiempo, en El Cairo, había empezado a hacerse las preguntas fundamentales para mantener la dignidad que siempre le oyó decir a su madre: quién eres, qué vida eliges.

Mientras subía hasta el cuarto piso, pensaba en su madre, como hacía cada día sin descontar ni uno, y también pensaba en los desgastados escalones de su casa de El Cairo. Pensaba en la boda que no tuvo, pese a estar a punto de casarse. Azza, su novia durante tres años, tenía una familia que quería que se cumplieran los compromisos religiosos, pero como Gamal no conseguía un trabajo serio para poder comprar el piso de ventanas redondas que tanto les gustaba, ni mucho menos amueblarlo, la obligaron a que dejara a ese médico idealista recién licenciado que no lograba sacar la cabeza de un mísero ambulatorio de barrio. Ahora Gamal pensaba que Azza, su inolvidable Azza de ojos azules y tez clara, estaría con otro hombre, quien sería un marido adecuado para sus padres, un hombre con un negocio en una buena calle céntrica, sin pretensiones políticas peligrosas, sin desafíos al Estado, y creyente en Dios, el Señor de los Mundos, como rezaba el inicio del Corán, la única Norma.

La imposibilidad de felicidad y la pobreza insostenible lo alejaron del marxismo cuando superó una fuerte depresión por el abandono de Azza y por otra desgracia aún mayor: la muerte de sus padres, que coincidió con la marcha de su novia, poco tiempo después. Sus padres murieron a la vez en un accidente de autobús, los perdió de golpe como en la peor de las pesadillas.

En esa época pasaba el tiempo solo en su casa de El Cairo, sin apenas muebles, con una tele vieja, en blanco y negro, donde escuchaba al predicador de la Gran Mezquita del Centro, en El Cairo. Leía a Marx, pero por inercia y cada vez menos, y también sus libros de medicina, pero también cada vez menos. Hasta que alguien le propuso un curso becado por el gobierno para especializarse en España, la mítica Al-Ándalus de las canciones de niño que salían de la boca de su madre. Pero su gobierno era tan corrupto e inútil, que poco antes de partir para España, se esfumó la beca.

También por aquel entonces empezó a leer el Corán, casi al mismo tiempo en que empezaba a trabajar de chófer y guía de turistas europeos e israelíes, para él los peores. Despreciaban y humillaban al pueblo. El Corán lo salvaba. La vida se hacía muy dura en la capital. Mucha gente que él conocía no podía conseguir trabajo, ni dinero, y por tanto tampoco podía casarse. Todo era ciego y destructi-

vo. No pensaba en otra cosa. La vida era injusta, y esto lo torturaba cada día más. Ahorró lo justo para un pasaje.

En Madrid siempre pensaba en Azza, su amor perdido, como un recuerdo que no quería borrar. Se sentía puro pensando en ella. Pero también se sentía paralizado pensando en ella. Ya no la veía cuando cerraba los ojos; era más borrosa su cara, incluso a veces se le confundía con otras caras de mujeres que no sabía dónde había visto antes. Sólo al principio buscaba por Madrid unos ojos azules. Pero había dejado de hacerlo. Únicamente aguardaba fríamente y se torturaba pensando que la historia que Marx le enseñaba había fracasado. Los pobres no importaban a nadie. Sólo quedaban los creyentes, y tenían que hacer algo. Hubo una vez en que quiso averiguar qué trabajo podría conseguir en Madrid, sin decir que era médico, sólo con su pasaporte egipcio: apenas si logró uno de reponedor en un supermercado. Ni siquiera fue a por el trabajo. Se aisló más, aunque disimulaba como podía con Liddell o Mastronardi y con todos los demás, siempre que se los encontraba en el Finnegans. «El pensamiento islámico es solipsista», le decía Souza cuando lo veía ensimismado. Tonteías de bárbaros infieles, pensaba Sayyid en silencio mientras ensayaba una sonrisa tan siniestra como forzada.

Los desposeídos, los miserables, los humillados. Ésta era su secreta obsesión. Una vez se hizo la pregunta clave, la que siempre ha oído por ahí, a media voz, entre dientes: ¿por qué ir sólo contra uno o contra cien? ¿Por qué no ir contra miles, contra cientos de miles? ¿Por qué muchas bombas pequeñas? ¿Por qué no hacerlo de una vez por todas y actuar con mayor piedad: por qué no mejor pocas bombas pero más grandes?

¿Por qué no la eliminación de raíz, en vez de matar el árbol hoja por hoja?

A esta reflexión empezó a llamarla Auténtico Marxismo Compasivo. Se lo creyó. A veces, en un bar cercano a su casa, veía en la televisión imágenes de los que llegaban extenuados en pateras, o de los emigrantes que venían en camiones, escondidos en donde podían. Los metían en campos, o los apalizaban en las comisarías, como había oído que pasaba en Italia. Al ver eso, en el interior de Sayyid avanzaba la ira.

El día que se abre una puerta al mal, el mal llega, y todo, a partir de ahí, es paulatinamente peor. Éste era su razonamiento final, cuando se echaba sobre la cama de su cuarto y miraba al techo, donde ya no veía los ojos azules de Azza.

Impreso en Talleres Vigor, S. A.
Agricultura, 11-12, nave 11
Polígono El Pla
08980 Sant Feliu de Llobregat
(Barcelona)